

LA LUCHA DE CLASES

ORGANO DE LA FEDERACIÓN DE AGRUPACIONES SOCIALISTAS DE VIZCAYA
Y DEFENSOR DE LA CLASE TRABAJADORA



AÑO X

Número suelto, 5 céntimos

Bilbao, 1.º de Mayo de 1903

Veinticinco ejemplares, 75 céntimos NÚM. 442

NUESTRA FIESTA

Hoy se celebra nuestra fiesta grande, la fiesta universal del PRIMERO DE MAYO. Cesan en su función los instrumentos de trabajo para dar lugar á que los explotados que los manejan, unidos por santo lazo de amor, canten un himno á la redención de su esclavitud.

«Para nosotros—dice en substancia el himno de los explotados—no hay fronteras, ni rivalidades de intereses, ni diferencias de raza; somos hermanos, somos hijos del mundo y estamos sujetos todos á la dura ley del salario. Cuando el trabajo que nos da recursos de vida llega á faltarnos en un país, impónenos la obligación de emigrar á otro. ¿Qué importa que nos aten vínculos de amor al pueblo en que nacimos? Ante las exigencias de nuestra materia, tiene que ceder toda afección. Somos como las aces de paso que carecen de nido.

Unidos en el sufrimiento, laboremus por alcanzar días mejores. Cuando nuestra cohesión sea tanta que nos habilite para imponer nuestra voluntad, no habrá yugo que nos aprisione, y entonces seremos libres para siempre.»

Hoy es nuestra fiesta grande. Cantemos una vez más el himno de los explotados.

LA REDACCIÓN.

No habiendo recibido á tiempo el dibujo que encargamos para el presente número, publicamos en su lugar uno de los que han de ilustrar el librito REBELDIAS, de nuestro compañero Ortiz.

TRABAJO PURIFICADOR

Es mi obligada tarea de todos los años, pero con obligación libre y gustosamente consentida: los artículos de 1.º de mayo en la prensa socialista española. Este año, hasta la hora en que escribo esto, hoy 19 de abril, me llevan pedidos siete de ellos. Y aunque en todos quiero poner igualmente vida y alma, es muy natural que empiece, como empiezo, por el de LA LUCHA DE CLASES, de ese mi pueblo nativo.

LA LUCHA DE CLASES es el único periódico que recibo del pueblo en que nací y me crié; es uno de mis principales medianeros

para con él. Y como debo gratitud grande al semanario socialista de mi pueblo, quiero ahora, y nunca mejor ocasión que la de celebrar el 1.º de mayo, manifestarla.

Casi todo el que escribe y firma sus escritos, persigne ante todo y sobre todo renombre y fama; es la vanagloria más ó menos depurada, lo que pone la pluma en mano de literatos y publicistas. Y para lograrlo se recurre á todos los medios y se cultiva todo género de paradojas, con tal de llamar la atención. Antes queremos que se reconozca el ingenio, habilidad ó elocuencia con que sostenemos una tesis, que la verdad ó bondad de la tesis misma.

El literato busca la perdurabilidad de su nombre, y con tanto más ahinco, cuanto menos crea en la inmortalidad de su alma. La *Imitación de Cristo* es anónima, no se sabe quién compuso ese celeberrimo librito, atribuido mucho tiempo al copista Tomás

material, tan íntima recompensa me ha producido.

Hacia aquellos artículos de propaganda y de vulgarización de principios económicos y sociales á vuela pluma, con mano ligera y suelta, sin repasarlos jamás, sin la menor obsesión respecto á su hechura literaria, y tal vez sean de lo más fresco, de lo más vivo, de lo más penetrante que haya yo logrado escribir.

Después he ido cargándome de atenciones, de cargos, de necesidades, de hijos, de ocupaciones y de preocupaciones, y no la menor entre estas últimas la preocupación—quiero ser absolutamente franco—de la perdurabilidad de mi nombre y del lugar que haya de ocupar en nuestra futura tradición literaria. Me encuentro chapoteando á gusto y gana en el pantano del *vanidad de vanidades*, y hundido hasta el cuello en él, apenas logro salvar la cabeza para avizorar



RELIGIÓN BURGUESA

de Kempis, y es que el fervoroso fraile que la compusiera, convencido de la vida eterna de su alma, se cuidaba poco de que su nombre quedara ó no entre los mortales.

La labor anónima es, en efecto, una labor purificadora, cuando no se adopta el anónimo para herir al prójimo á mansalva. El periodismo, del cual se dicen tantas pestes, ha formado á no pocos escritores y ha reformado á muchos otros. La colaboración anónima, cuando es gratuita y en pro de ideales colectivos, es una de las obras más elevadas del espíritu.

Esto es lo que á LA LUCHA DE CLASES debo. Durante un período de cerca de dos años no hubo un número de este semanario en que no apareciese algún artículo mío; muchas veces dos y hasta tres algunas veces, y siempre anónimos. Y hoy, cada vez que veo mi nombre traído y llevado por críticos y compañeros en letras, y cada vez que al ponerme á escribir se me presenta al espíritu el espectro de la fama y me cuido de lo que podrá parecer lo que voy á hacer, recuerdo aquella labor desinteresada de noble educación popular, aquel trabajo que con haber sido gratuito en cuanto á pago

los lejanos horizontes y contemplar á ratos el sereno cielo. Y gracias á esto las brisas que soplan de mi pasado, las corrientes de la memoria, me traen los ecos de aquellas mañanas inolvidables en que con rápido rasgueo pergeñaba mis artículos de colaboración á LA LUCHA DE CLASES.

De buena gana dejaría anónimo este artículo, como anónimos aparecieron en estas columnas tantos artículos míos—y era lo lógico, pues vendía al pueblo ideas que del pueblo me venían—; pero ni serviría el artificio, que otra cosa que artificio no había de ser en este caso, ni cuadraría á la ocasión, pues lo que LA LUCHA DE CLASES quiere ahora de mí es, ante todo, la firma. Y es cosa triste el pensar que si entonces daba mi espíritu sin firma, ahora se me pide la firma, aunque el espíritu se amengüe.

En este 1.º de mayo, día de la fiesta del trabajo, declaro, pues, que de cuantos trabajos he llevado á cabo en lo que de vida llevo, aquel de mi colaboración á este semanario ha sido uno de los más purificadores y de los más nobles. Representa la pureza de mis mocedades de escritor.

Miguel de Unamuno.

PROCEDER DE LOS SOCIALISTAS

Uno de los motivos por que apenas hay en el Partido Socialista cuestiones personales, diferencias y choques entre los que le forman, es por la naturaleza moral que tienen los individuos que á él acuden ó por la corrección que se imponen aquellos que antes de ingresar en él adolecían de graves defectos ó se veían dominados por ciertos vicios.

En tanto los partidos burgueses admiten todo lo que va á ellos, lo mismo los hombres más honrados que los más abyectos y perversos, el Socialista cierra sus puertas al que carece de dignidad.

El que procede mal con su familia, está encenegado en el vicio ó vive á costa de los demás, no encuentra en nuestro Partido quien abone su solicitud ó quien le estimule á ingresar en él. Si alguno, por no ser conocido, logra su ingreso, en cuanto se descubre lo que es, ve se mal mirado de todos, y, ó se corrige, ó tiene que abandonar sus filas.

Lo mismo le pasa al que comete una falta grave. Quien malversa fondos, traiciona la solidaridad obrera, pacta con el burgués en la lucha electoral, falta á la confianza del Partido que le llevó al Municipio ó realiza otra acción análoga, es arrojado de entre nosotros.

No faltan gentes que se burlan de esta severidad ó que la juzgan nociva para el desarrollo del Partido. A los socialistas deben tenerles sin cuidado esas burlas y ese juicio.

Es obra sana no admitir en el Partido á los desacreditados, á los corrompidos; es obra sana arrojar de él á los que cometen faltas graves; es obra sana examinar bien la conducta de los que vayan al Municipio, á la Diputación y al Parlamento, y separarlos de allí si se ve que olvidan la defensa de los intereses obreros ó que los traicionan. Por no hacer eso los partidos burgueses, se ven corroidos por ambiciones ruines, bochornosas deserciones é intrigas y miserias de todo género.

Procediendo con la pureza indicada, el Partido Socialista formará luchadores dignos de las ideas que defiende y creará una fuerza que nada podrá aniquilar.

Pablo Iglesias.

PUNTO DE VISTA SOCIAL

¿Existen de hecho diferencias esenciales entre las grandes razas blanca, amarilla, cobriza y negra, en que vulgarmente se divide la Humanidad?

Aunque hubiera algunas con tal carácter, es evidente que entre los hombres son más las analogías que las diferencias, y, por lo tanto, mayores los motivos para que todos se unan, que para que se dividan.

Y si esto es exacto tratándose de blancos y amarillos, por ejemplo, á poco que observemos las diversas razas en que se supone divididos á los de un mismo color, veremos

que las diferencias que pudiera haber en el primer caso, desaparecen en éste, siendo puramente arbitrarias ó librecas las que se le atribuyen.

Entre sajones y latinos (simples abstracciones en el fondo, ó cuando más diferenciaciones puramente históricas) no hay signo alguno distintivo que haga reconocer á simple vista quién pertenece al primero ó al segundo grupo.

Las lenguas, las religiones y las nacionalidades constituyen de hecho las únicas diferencias, bien que artificiales, entre estas llamadas razas.

Fuera de esto, sólo difieren los individuos entre sí, pero no los núcleos, y en todo caso las desemejanzas físicas y aun morales entre éstos serán producto, no del origen, sino del medio.

Compárense en los Estados Unidos ó en la Argentina los nietos de un vasco con los de un español, un alemán, etc., y apenas podrá averiguarse por el apellido el origen de cada uno.

El medio común los ha fundido, creando un nuevo grupo distinto de aquellos que le dieron el sér.

¿Dónde y cómo encontrar la pretendida superioridad de una raza sobre otra?

Si no supiéramos que las ideas se traducen mal en la práctica, nos sorprendería que en el mundo llamado cristiano haya quienes sostengan de buena ó de mala fe, no sólo la superioridad física y moral de unas razas sobre otras, sino lo que para un cristiano es ya un colmo, hasta de origen.

La Biblia dice, sin embargo, que todos los hombres proceden del mismo y único tronco (Adán-Noé), y Cristo enseñó lo mismo, insistiendo en que todos los hombres son hermanos é iguales como hijos del mismo padre.

A pesar de lo cual no han sido los pueblos que se dicen cristianos quienes menos han abusado y abusado de esta forma de sembrar la división entre los hombres, clasificándolos y categorizándolos en razas y subrazas y atribuyendo á cada una determinadas cualidades ó defectos, que, gratuitos y todo, son tal vez, por eso mismo, manantial permanente de discordias y medio el más seguro de que un número relativamente pequeño de superhombres, que ni siquiera suelen serlo sino circunstancialmente, manejen á su capricho al inmenso rebaño humano.

¿Dejará éste de ser imbecil y conseguirá al fin que las energías y esfuerzos que hoy derrocha en apretar la cuerda que á todos tiene sujetos, se vuelvan contra los y lo que más inmediatamente se opone á la consecución del ideal que debe perseguir para que el mundo deje de ser en la medida de lo posible un valle de lágrimas?

¿Razas, lenguas, religiones y nacionalidades! He ahí los primeros grandes obstáculos que es necesario vencer.

Sólo cuando se consiga que cada uno de estos cuatro grupos quede reducido á la unidad, podrán empezar los hombres á considerarse entre sí libres, iguales y hermanos.

Simplificado de este modo el problema, apenas será necesario un ligero esfuerzo para que las palabras autoridad, ley, mio y tuyo pierdan el sentido que hoy tienen y desaparezcan.

Pretender que suceda esto antes de conseguir aquello, me parece un error que pudiera tener por consecuencia para la Humanidad una regresión que quince siglos.

Hundain.

París, 19 abril 1903.

La filosofía de los hipócritas é inútil consiste en desacreditar á los que son sinceros y útiles.

JEANFER.

LA SEQUÍA

DE Norte á Sur, de Este á Oeste, todos los campesinos españoles, medioevales, casi por completo, han mirado atónitos al sol voraz que les abrasa los campos. Parece que les estoy viendo recorrer las tierras, contemplarlas, mirar al cielo y quedarse entristecidos viendo pasar el tren, apoyados sobre la herramienta en la actitud desgarrada de los gorilas...

A lo lejos, las casas miserables de la aldea cuecen su barro bajo el sol abrasador...

La carretera ó el camino, ó el erial, remueven su polvo, que trae el ventazo caliente sobre el verde tímido de las tierras sembradas... Y una queja monótona, sorda, impotente, clama todavía como en los propios tiempos del Cid: «¡Agu!... ¡Agu!» como una angustia de enfermos sin ilusiones...

Y el sol cae un día y otro día, y la tierra es una polvareda inmensa, y los hombres del campo tienen hambre...

No puede seguirse así. La tierra es fecunda y generosa; el sol mismo que lo abrasa todo ahora, es un prodigio bienhechor que nos envidian otros pueblos más ricos, sin embargo. Inglaterra, una pelada roca en el Océano, tiene un mundo inmenso, ha hecho un mercado colosal; sus ciudadanos, desde el más humilde al más grande, saben leer, viven en nuevas casas, sostienen necesidades, viajan cómodamente, tercián en política, tienen garantida su personalidad. Alemania, sin agricultura hace cuarenta años, es hoy inmenso jardín, de bosques extraordinarios, de caminos y de ríos en aprovechamiento. To todos los ciudadanos desde el más pequeño al emperador, saben leer, saben lo que es arte, lo que son negocios, lo que es dignidad... Francia, Suiza, Bélgica, Holanda, igual...

España, en cambio, está descuartada por todas partes. El cacique, que es un carnívoro feroz, ha consentido la desaparición del arbolado y el hambre de los maestros. Las autoridades, como animales dañinos, han destruído todo lo que significaba paisaje y utilidad pública. Durante cuatrocientos años de monarquías decadentes, no ha habido otra idea en la raza directora que leyenda en ignorancia para los pobres. Cada vez más hambre, más limitaciones. Cada vez menos deseos de transformación y renovación, y las ciudades están llenas de burócratas é inútiles que comen el poco pan que producen los campos miserables, y las aldeas, con sus quince millones de hambrientos, esperando la lluvia milagrosa, cruzadas de brazos siglos y siglos.

¡Ah, la sequía! Hace falta un movimiento enérgico, una poderosa abnegación, que sangre los ríos, que aproveche los saltos, que alargue los caminos, que plague los bosques. Un movimiento de treinta millones de manos airadas removiendo lo de abajo á arriba como un arado que llegue hasta el centro de la tierra... ¡La sequía! Hace falta un movimiento enérgico de amor, que haga llorar sobre las almas secas de los que tienen... Algo que humedezca la estéril sequía de los que gobiernan...

R. Sánchez Díaz.

EL Socialismo es á la vida social lo que el darwinismo á la vida de la Naturaleza. Negar el primero es no creer en el segundo. Y ¿quién, hoy, en el terreno científico, no presta acatamiento en más ó en menos al principio de la evolución. Todo marcha, todo camina, todo está en constante renovación en la Naturaleza. ¿No ha de

pasar esto en las sociedades? La sociedad capitalista ¿ha de ser eterna? La Historia dice lo contrario al mostrarnos las diversas fases por que ha pasado la Humanidad. Es preciso, pues, someterse á la idea de transformación social, amplia y generosa, explícita en el Socialismo.

R. Oyuelos.

En la fabrica

Entre el ruido que produce el incesante rodar de poleas y volantes dentro del centro industrial, se oye un grito, un grito rudo, de espanto y dolor al par, que atrae la atención de todos cuantos presentes están.

¿Qué ha ocurrido? ¡Casi nada! Una cosa muy vulgar, y que por ser tan corriente no causa extrñeza ya. El engrane de un cilindro causó una víctima más, y un pobre quedó sin vida y una familia sin pan.

ALVARO ORTIZ.

Una institución digna de ser imitada

ENTRE las instituciones que los inspectores del trabajo en Austria han creado para realizar su misión pacificadora de la *lucha de clases*, cuéntase una llamada á ejercer acción verdaderamente eficaz en el mejoramiento de los obreros.

Nos referimos al *Museo industrial é higiénico de Viena*, que queda como perdurable recuerdo de la *Exposición general alemana de la protección contra los accidentes*, celebrada en Brunna en el año de 1889, famosa por las interesantísimas conferencias que acerca de materia tan importante y tan compleja dieron los inspectores Migerka, Mengel, Bulka, Petré y Crerweny y el profesor Kraff.

Fué el primero el verdadero fundador del Museo que se inauguró cabalmente el 1.º de Mayo de 1890, y que, según el artículo 20 de los Estatutos por que se rige, tiene por objeto «contribuir á la investigación de los medios de llegar á una seguridad tan grande como sea posible contra los peligros que amenazan la vida y la salud de los trabajadores en los establecimientos industriales, impulsar los ensayos que se hacen con este fin y obrar como estimulante y como consejero en lo que concierne á la introducción y á la propaganda de los medios destinados á aumentar el bienestar de los obreros».

Para cumplir tan benéfica misión, subvenciona la dirección del Museo á los inventores de aparatos de seguridad, colecciona los modelos, dibujos y descripciones de los empleados en la industria y los somete al examen de los peritos, procura popularizar los aprobados por éstos dando acerca de ellos explicaciones orales y escritas, celebra reuniones, redacta informes, publica dibujos y folletos, aconseja á las autoridades y á los industriales, organiza exposiciones temporales y concursos, fija en las fábricas y talleres carteles con prescripciones claras y sencillas para evitar los accidentes, sufraga los gastos de entretenimiento de una biblioteca especial y prepara y realiza las operaciones de la estadística de los accidentes del trabajo.

Si los patronos sacan muchísimo provecho de institución tan útil, los obreros, comprendiendo la importancia que tiene, muestran cada vez mayor interés por ella. Los domingos se ve desfilar ante las colecciones, admirablemente expuestas, millares de trabajadores en grupos, que dirigen é ilustran con sus explicaciones empleados especiales.

¿Cuándo veremos establecida en España una institución semejante?

¿No les parece á mis lectores que sería una excelente manera de festejar el 1.º de mayo la apertura de un Museo como el de Viena?

Adolfo Buylia.

Oviedo, abril 1903.

LA JORNADA DE OCHO HORAS

(FRAGMENTO DE UN LIBRO)

EL problema de las jornadas cortas de trabajo, no puede ser considerado tan sólo en el aspecto económico, entendiendo por económico únicamente la relación de producción bajo el imperio puro y simple de la ley de la oferta y la demanda. Hay mucho que ver en él; en primer lugar, es necesario no olvidar la importancia que para el caso tiene el conocimiento adecuado del porqué racional é histórico de las tendencias actuales, favorables, sin duda, á las jornadas cortas, siendo, además, de capital interés tener presente siempre el valor propio de la acción que en la práctica de dichas jornadas pueden tener los motivos mismos, muchos de ellos ideales, que explican la producción de la indicada tendencia.

Y no solamente esto; el carácter real é histórico de las soluciones formuladas ya en pro de la limitación mayor ó menor de las jornadas que se estiman largas y deprimentes, de las jornadas en que se revela de una manera visible y concreta la actuación de la ley de Lassalle, ley de acero, ley férrea del salario, impone el análisis positivo de los resultados prácticos de las jornadas cortas, especialmente de las de ocho horas, tanto con relación al obrero como con relación al empresario ó patrono; en general, con relación al coste del producto.

En mi opinión, la jornada de ocho horas, como fórmula concreta de una reclamación obrera, no puede ni debe tomarse como una expresión universal y definitiva de lo que ha de ser el trabajo diario, cual si en todos los oficios y ocupaciones no se debiera trabajar nunca más de ocho horas al día; lo que se demanda con esa fórmula es que el trabajo diario sea proporcionado á la fuerza física del obrero, y de tal duración que no convierta aquél en un puro medio mecánico. Se estima, sin duda, con razón, que una jornada moderada es más higiénica que una jornada demasiado larga; que además la jornada excesiva priva al hombre que la padece de los reposos indispensables para reponerse, para educarse, para recrearse en los goces propiamente dignos de un ser humano. De ahí que el clamoreo en pro de las jornadas cortas, si arranca primero del obrero fatigado y oprimido, se razona después con la vista fija en los intereses fundamentales, y aun en las condiciones fundamentales de la personalidad, cuya integridad física y jurídica se desconoce desde el momento en que, sometido el hombre á un trabajo que degenera en yugo, sufre una verdadera mutilación y se le somete á una servidumbre positiva.

Estudiando los señores Hadfield y Gobbins el origen y la causa del movimiento en pro de las jornadas cortas de trabajo, hacen notar que no hay en el problema un mero interés económico, sino un verdadero interés humano; hay, en efecto, que ver en el movimiento que se analiza, el influjo del progreso del trabajador mismo, el de la educación, y, por último, el total espíritu de la época, la condición general de los tiempos.

Adolfo Posada,



LA ESCUELA

CUANTOS con algún entendimiento y buena voluntad deseen que España se levante de su postración, convienen en que el manantial de donde ha de brotar la salud para la patria enferma, es la Escuela.

Y no se crea que, al hablar de Escuela, hablamos del edificio más ó menos lujoso, regido por una disciplina casi siempre estrecha y que en muchos casos atrofia más que desarrolla los entendimientos infantiles. Al hablar de Escuela nos referimos más al concepto ideal que indica esta palabra, que al edificio en que aquélla se instala. Escuela es y debe serlo todo: el campo y la ciudad, la fábrica y el taller, el Museo y la casa. ¡Qué de enseñanzas encierra el más pequeño objeto cuando saben mirarlo nuestros ojos!

Ante el grave problema que la nación tiene que resolver, todos debemos ser discípulos; todos también podemos y debemos ser maestros. ¿Quién, por insignificante que sea no puede dar algo de su saber á los demás? El hombre de ciencia y el artista, en vez de encerrarse cada cual en su torre de marfil—suponiendo que el conocimiento científico y el artístico son patrimonio de unos pocos—, deben por el contrario, bajar al pueblo, mezclarse con los ignorantes, poniendo la luz de su talento, no bajo el celmín, sino en lugar donde con mayor radio puedan extenderse sus resplandores.

El fabricante y el industrial, el maquinista y el operario, el agricultor y el comerciante, pueden y deben ejercer, en cierto modo, misión instructiva y educadora, y la Prensa, que es, sin duda, el más rápido vehículo de las ideas, debe atender preferentemente á enseñar y despertar el amor al saber.

España es, valga la frase, un alumno de primera enseñanza á quien hay que enseñárselo todo.

Y sólo así podrá conseguirse la europeización de nuestro pueblo.

Todas las brutalidades que la Prensa denuncia á diario, esos actos de salvajismo, ese apedrear los trenes y los automóviles, ese lenguaje suez, ese desprecio de las leyes, esa incultura que nos sonroja y nos pone en ridículo ante los extranjeros, proceden del estado bochornoso de la enseñanza.

Víctor Hugo—después de descubrir en *El año terrible* el incendio de la biblioteca en París por las turbas de la Commune— increpa á la multitud con violentos apóstrofes: «Habéis—viene á decir—destruido el pensamiento de las pasadas generaciones, habéis atentado contra vuestro tesoro más valioso... Habéis cometido un crimen de lesa nación...»

A todas estas recriminaciones contesta la multitud.

—No sabemos leer.

¡Cuántas cosas explica esta respuesta!

Zeda.

MADRE...

—¡Miren la carita de serafín!
¡Si lo decía yo! ¡Tanto cuchichear con señoritos!

—¡Perdida! ¡Mala mujer, mala hija!
Ya sé de quién murmuráis, comadronas. De una jovencita de rostro alegre, bondadosa como ella sola. Trabajadora y limpia, ni qué decir. Eso sí, algo nerviosilla. (No la voy á defender en todo.) ¡Si la vierais

ahora, amigos míos, llorando á lágrima viva, con unas ojeras así de grandes, convulsa y paliducha! Porque se me olvidaba decirlos que ha sido deshonrada.

¡Deshonrada! Sabréis que hoy llaman deshonra á las cosillas más naturales del mundo. En cambio ciertas violentas doncelleces son nada menos que excelsas virtudes. Los que tal afirman, mienten: hay que decirlo. La virginidad es una extravagancia. Y á veces una infamia. Ser capones pudiendo ser fecundos, causa asombro. Castración ó prostitución, lo mismo da. Casas de lenocinio, ó casas de vírgenes, tal para cual. Ambas son un atentado contra natura. Llámese las, pues, casas del vicio, de lo que ustedes quieran; pero no se hagan chistes á cuenta de la virtud. Y, sobre todo, dejad de martirizar á la jovencita de cara alegre. No es viciosa: trabaja. Es buena, cariñosa, reidora. ¡Y tiene un hijito! ¿Aun murmuráis de ella, comadronas?

Mientras el parir sin ciertos formulismos previos que no son del caso, sea una deshonra, las pobrecitas mujeres han de seguir sufriendo los más sendos disgustos, unas veces por sí, otras por no.

La Humanidad sufre un enorme desarreglo; no hay que darle vueltas. Nuestra posición económica nos empuja á pecar. ¡Uf, cuánto se pudiera hablar de esto! Por ejemplo, es ignominioso que hombres y mujeres sostengan larguísimo años de relaciones amorosas. Se idolatran, se abrazan, se besan...—¡Alto ahí!—vocifera el mundo.—«Considera que no podrás alimentar á los chirriquitines que salgan. Los harás desgraciados. Y si no te casas, arrojas sobre tu adorada el escarnio de las gentes. Acaso algo más que el escarnio. Tal vez los infortunios de la mancebía...»

No queda otro remedio que agotarse vilmente, y sentirnos inferiores á los animales que nos rodean.

Aquí me tenéis, haciendo estas reflexiones tristes.

La verdad, me ponen de un humor de perros. Como que no acierto á escribir nada de la hermosa fiesta de los trabajadores, auro-ra de una sociedad menos desapiadada.

¡Para fiestas estoy yo, mientras esas endiabladas vecinas no acaben de cebarse en la honra de una que ha cometido el tremendo delito de ser madre!

Tomás Meabe.

DE PUERTAS ADENTRO

REDACCIÓN de un periódico. En torno de una larga mesa leen y escriben varios redactores. Desde un gabinete contiguo, el director vigila el trabajo de todos.

Director.—¿Está ya eso?
Redactor 1.º—Lo estoy acabando. (Leyendo lo que escribe.) «Es imposible tolerar ni un momento más que siga siendo objeto de mofa y escarnio la santa religión de nuestros mayores...»

Redactor 3.º—¿De nuestros mayores qué?
Redactor 2.º (al director).—¿Tenemos fondo?
Director.—Sí, hay un artículo de don Magnífico.

Redactor 1.º—¿De nuestro ilustre jefe? Entonces será un fondo sin fondo.
Redactor 2.º—La verdad es que Minerva no se ha mostrado pródiga de sus favores con nuestro egregio caudillo.

Redactor 3.º—¿Salomón pasó á caballo?
Redactor 2.º—Mejor que el mejor artículo de fondo quería yo ahora un artículo de fonda, como dice Pepe Estrañi.

Director.—¿Hizo usted el suelto largo sobre las huelgas de Villaescasa?
Redactor 2.º—Helo aquí. (Leyendo.) «Adalides infatigables del derecho de propiedad,

atacado hoy por la utopía socialista y los delirios...»

El ordenanza (interrumpiéndole).—Don Gastón, el mozo dice que le debe usted dieciséis cafés y que ya no fia.

Redactor 2.º—¡Ah infame burgués! ¡Defienda usted para eso á las clases conservadoras!

Director.—¿Asistió alguno de ustedes á la toma de hábito de la hija de Don Simplicio?

Redactor 1.º—Yo. ¡Vaya una hembra que se llevan los reverendos! ¡Bocato di cardinali! Joven, fresca, guapa, y por contera millonaria.

Redactor 3.º—Esos jesuitas son tremendos. Gracias á ellos, hasta Dios se casa ya por interés.

Director.—Se ha dado cuenta del duelo entre Estornino y Chafarote?

Redactor 3.º—¡Voilà. «Examinando unos sobles tuvo la desgracia de inferirse una herida en el occipucio el distinguido sportman señor Estornino.»

Director.—¿Las condiciones del duelo han sido duras?

Redactor 3.º—Sí, pero me han asegurado que los sables eran de hoja de lata.

Director.—¿Qué hay de la enfermedad de don Simeón?

Redactor 2.º—Eso pertenece á mi negociado. «Deseamos al ilustre estafermo un próximo fallecimiento...»

Director.—Es fuerte cosa que nada, ni aún lo más respetable, se tome aquí en serio.

Redactor 1.º—Vea usted lo que digo de la boda de Serafín: «... la novia estaba encantadora con sus galas de desposada... Deseamos á los recién casados una eterna...»

Redactor 2.º—Sí, eso, eterna. Es lo que merece ese insolente por haber cargado con semejante estantigua.

Redactor 3.º (dirigiéndose con entonación dramática al regente de lo imprenta que aparece en el dintel.)

¡No te temo aunque más regente seas!

Director (al regente).—¿Cómo estamos?
Regente.—Faltan cinco columnas.

Todos.—¡Atiza!
Los redactores en masa se lanzan sobre los periódicos que cubren la mesa.

Redactor 3.º (esgrimiendo las tijeras).—¡Oh sublime artefacto! ¿Que sería sin ti del cuarto poder del Estado?

Redactor 1.º—Aquí está el extracto de la conferencia de ese congreso de López en el «casino dalicuescente...» Sentimos de todas veras que la falta de espacio nos impida insertar íntegro...»

Director.—Bien, bien.
Redactor 2.º—Un hallazgo! Declaraciones del marqués de Tánger á un reporter de *El Bobo de Coria*. ¡Dos columnas!

Redactor 3.º—Misterios de la Naturaleza! El vacío llenando el vacío.

Redactor 2.º—Otro tesoro! Decreto del ministro del cangrejo sobre la pesca del ramo. Digo, no, al revés. Exposición y articulado, ¡columna y media!

Director.—Habrás que ponerle una cabeza.
Redactor 3.º—¿A quién? ¿Al cangrejo, al ramo ó al ministro?

Director.—¡Cuatro columnas! ¡Casí un pórtico dórico! Con esto y las noticias de última hora, estamos del otro lado.

Redactor 3.º—Dios aprieta, pero no ahoga, como diría Simplicio ante el cadáver de un ahogado.

Director (al revistero de teatros, que acaba de entrar).—¿Qué tal el estreno?

Revistero.—¡Catastrófico! Un desastre. Vea usted lo que digo de él: «El drama estrenado anoche en Talía es un verdadero esperpento. La *misse en scène* deplorable. Carmencita Luna fatal en su papel de protagonista...»

Director.—Eso no puede ir así. El autor es amigo. El empresario es amigo. El jefe de la claqué es amigo. A la Lunita hay que jalearla...

Revistero.—Pero, director, ¡si es más mala que la filoxera!

Director.—No importa; es menester alentar á esa chica.

Revistero.—Entonces habrá que hacer otro suelto.

Director.—El mismo puede servir, sin más que variar algunas palabras. A ver (corrigiendo): «El drama... un portento; la *misse en scène*... admirable; la Lunita... colosal en su papel...»

Entra el noticiero canturreando:
—Don Tancredo,
Don Tancredo,

que en su vida tuvo miedo...
Director (al noticiero).—¿Qué hay?

Noticiero.—Poca cosa. (Leyendo sus apuntes.) «En la tarde de ayer fué atropellado el tranvía de las Ventas por un niño de seis años, produciéndole en el hipocondrio una herida de pronóstico reserva lo...»

Director.—¡Atropellar es! ¿Y del crimen del Pacífico?

Noticiero.—Dicen que el interfecto ha declarado...
Redactor 1.º—¡Ave María Purísima!

Redactor 3.º (al reporter político, que llega).—¡Oh *correveidile* ilustre! ¡Oh encarnación auténtica del novísimo periodismo pedestre, ecuestre y velocipedico! ¿Qué nuevas nos aportas? ¿Cuáles son tus infundios de hoy?

Director.—¡Atropellar es! ¿Y del crimen del Pacífico?

Noticiero.—Dicen que el interfecto ha declarado...
Redactor 1.º—¡Ave María Purísima!

Redactor 3.º (al reporter político, que llega).—¡Oh *correveidile* ilustre! ¡Oh encarnación auténtica del novísimo periodismo pedestre, ecuestre y velocipedico! ¿Qué nuevas nos aportas? ¿Cuáles son tus infundios de hoy?

Repórter (al director).—De política cero. La novedad del día es la ocurrencia de ese guasón de Pepe Alegre.

Redactor 1.º—¿Qué se le ha ocurrido á ese *lipendi*?

Repórter.—Cogió una tira larga de papel y escribió en ella, con letras como puños, el verso aquel que pone Dante en la entrada del infierno.

Director.—Sí, vamos; *lasciate ogni speranza*...

Repórter.—No, ese no; el último del tercio anterior: *per me si va tra la perduta gente*.

Redactor 2.º—Bien, ¿y qué?

Repórter.—Que, en un momento en que nadie le veía, pegó el tal rótulo á la puerta del salón de conferencias.

Redactor 1.º—La cosa tiene gracia.
Redactor 2.º—No está mal.

Repórter.—No hay como Pepito para esas bromas.

Redactor 3.º—¡*Tra la perduta gente!* De modo que si el hombre había visto entrar á Uñate, Guarrín y otros conspicuos personajes...

Regente.—Faltan diez ó doce líneas.
Director.—García, invente usted un feto.

Redactor 3.º (escribiendo).—«Ayer fué hallado envuelto en unos trapos, junto á la pila del agua bendita de la iglesia aneja al convento de las Concepcionistas...»

Director.—¡Hombre, no; allí no!; póngalo usted aunque sea en la catedral.

Regente (recogiendo el original).—Con esto habrá bastante.

Director.—Ya hay número.
Redactor 3.º—*Papam habemus*.

Todos recogen sus sombreros y salen en grupo cantando:
—¡Vámonos á la cámana, cámana, cámana!...

Y en las calles y plazas desiertas de la población, dormida todavía, ¡eco burlón repite:
—¡Camama, camama, camama!...

Alfredo Calderón

El problema obrero fuera de España

UNA distinguida escritora norteamericana, Mrs. Irene Ashby Macfayden, acaba de hacer investigaciones y estudios muy completos acerca del trabajo de los niños en los Estados de la Unión.

Uno de los extremos que ha confirmado es el de que el número de niños empleados en las fábricas de hilados de algodón excede de veinte mil, cuya mayor parte corresponderá á la raza negra:

Casi todas esas veinte mil criaturas trabajan de seis de la mañana á seis de la tarde; pero hay industriales que por no suspender sus faenas, hacen trabajar á los niños de noche, ó sea desde las seis de la tarde á las seis de la madrugada.

El salario medio es de diez centavos de dollar; pero afirma Mrs. Ashby Macfayden que existen salarios de seis y hasta de cinco centavos.

«Tuve ocasión de hablar—dice la distinguida publicista—con un muchachillo de siete años que había estado trabajando durante cuarenta noches consecutivas á razón de doce horas por noche. Esto ocurría en el Alabama. En el mismo Estado conocí á otro pequeñuelo de nueve años, quien desde los seis años venía trabajando de noche durante once meses de cada año.

»En casi todas las fábricas que he visitado en la Georgia se instalan camas de campaña ó montones de paja para los niños operarios, porque ya se sabe que al llegar el día las pobres criaturas no tienen fuerzas ni para volver á sus casas.

»En la Carolina del Sur una amiga mía, miss Jane Adams, de Chicago, conoció á un niño de cinco años que trabajaba de noche en una fábrica.

»Yo misma, en Colombia, en el mismo Estado de la Carolina del Sur, he visto niños de siete años trabajar desde las seis de la tarde á igual hora de la madrugada, sin que se les otorgara un minuto de descanso, sin que se les diera un vaso de agua ni un pedazo de pan, y esto en una atmósfera

pestilencial y humosa y en talleres casi desprovistos de alumbrado.

»Varios médicos de las localidades en las que radicaban las fábricas que he visitado, han reconocido que de todos los niños asalarados en aquéllas, casi ninguno llegaba á cumplir diez y siete años de edad, pues sucumbían tísicos.

»Y las severidades del reglamento! He conocido á dos hermanos, el uno de nueve años y el otro de once, que tenían que recorrer á pie más de cuatro kilómetros y medio para ir á la fábrica, donde trabajan doce horas de noche. Una vez se desquidaron y llegaron con cinco minutos de retraso. Fueron despedidos sin piedad.

»Y los accidentes! En Hunt-ville, en el Alabama, un obrero de ocho años que estaba en la fábrica desde pocas semanas antes, sufrió la fractura de los dedos índice y corazón de la mano derecha.

»Dos meses antes, en la misma fábrica, un niño de siete años perdió el pulgar de la mano derecha, aplastado por un engranaje.

»En la mayoría de las fábricas, cuando se contrata á un niño, se obliga previamente á los padres á que firmen un documento por el que se comprometen á no exigir responsabilidad al fabricante en caso de que sobrevenga algún accidente.»

Estas revelaciones, hechas por mistres Irene Ashby Macfayden con estilo enérgico y vigoroso, y sobre todo con suma sinceridad y emoción, son una prueba más de la bondad del régimen republicano.

¡SIQUIERA UN CENTIMITO!

Arrebujada en harapos que le dan menguado abrigo, dormita á ratos la vieja acurrucada en el quicio, y á ratos con amenazas anima y azuza el niño, que trota casi desnudo temblando de hambre y de frío, calle arriba y calle abajo repitiendo su estribillo: «¡Un centimito siquiera! caballero, un centimito!..»
Brilla en el suelo la escarcha como el acero bruñido, y huyendo del viento norte, que corta como un cuchillo, los escasos transeuntes marchan de prisa, ateridos, escuchando indiferentes la cantilena del chico. No tiene padres. La vieja le recogió en un asilo y á fuerza de puñetazos le fué enseñando el oficio. Cuanto más enclenque sea y más lacio y más raquítico, más ablandará los pocos corazones aprensivos, y será, por consiguiente, mayor la ración de vino, y hallará la bruja nuevas satisfacciones al vicio. Cuando la muerte le salve del espantoso martirio, y el tallo endeble se tronche, y se rompa el frágil vidrio, pronto su puesto en la acera saldrá á ocupar otro niño, que trotará hacia el sepulcro sin amparo y sin auxilio en esas noches terribles repitiendo en estribillo: «¡Un centimito siquiera! caballero, un centimito!..»
En tanto á esas horas velan trabajando los ministros, que revuelven y barajan

las columnas de guarismos, para repartir impuestos, para atender los servicios, para que adquiera la patria vigor, energía y bríos. Y como siempre resulta indispensable y preciso comprar fusiles y barcos y hacer puentes y caminos, para los hijos de nadie que debieran ser los hijos de todos, para los pobres parias de un mundo podrido que á centenares de miles se va tragando el abismo, ¡para esos niños... no queda ni siquiera un centimito.

Sinesio Delgado.

ESPUMAS

EN la terraza del balneario, cubierta con un toldo rojo y arrullada por las olas, sobre cuya espuma construían facetas de múltiples colores los rayos del sol, distraíanse los veraneantes, gozando el espectáculo que les brindaban mar, tierra y cielo.

Por el cielo azul marchaban escuadrones de nubecillas blancas, que el aire esparcía á su antojo, modelándolas con irreflexiva genialidad de artista borracho. Semejaban unas, monstruos desconocidos dirigiéndose al encuentro del sol con las garras crispadas y las fauces abiertas; otras eran siniestros bocetos de gigantes descoyuntados, que peleaban entre sí, contrayendo sus músculos enormes y entrelazando, por exigencias del combate, sus miembros á medio dibujar; aquéllas, grupos de mujeres desnudas, cuyas carnes de ópalo se agitaban con espasmo genésico al sentir el beso ardiente de la luz; las más lejanas, ángeles que caían del Paraíso con las alas rotas; las más próximas, aves que saltaban de sus nidos con las alas abiertas.

De los últimos límites de aquel cielo abrasado, arrancaba el mar como una inmensa rampa líquida, que iba á morir desmayadamente en la alfombra gris de la playa. Sobre su superficie rizábanse las olas, coronadas de blancos mechones, y corrían las lanchas pescadoras dando al viento sus gallardas velas latinas y arrastrando el copo que los marineros cobraban con fatigosa lentitud. Veíase á éstos apoyados contra las bordas, tirantes los brazos, sosteniendo con sus piernas desnudas el cuerpo extendido hacia el Océano, y entregrándose á la ruda faena de sostener su vida hasta que el Océano tuviera el capricho de arrebatársela. Allí estaban ellos, los siervos de la red, sudosos, jadeantes, sufriendo el incendio solar que se desplomaba sin compasión sobre sus lomos de bestias luchadoras.

En tierra todo era también trajín incesante, labor ruda, esfuerzo humano mal retribuido. A tal hora, bajo aquella atmósfera de plomo, únicamente caminaban los trabajadores á cielo abierto, desafiando el cansancio y la asfixia. Mirábanles cruzar el muelle conduciendo á hombros fardos enormes, empujando barriles repletos de vino, impulsando carretillas llenas de mineral, recibiendo dentro de las barezas el flete que remitían almacenes y fábricas, cortando el agua con los remos, cargando y descargando por obra de sus músculos, endurecidos en la infame gimnasia del trabajo servil, mercancías de todo género, cambiando pedazos de existencia por mendrugos de pan, del mismo modo que los cambiaban en la fábrica, en el taller, en el fondo de la mina y en la superficie de los campos, sus compañeros de fatiga, de hambre, de ignorancia y de servidumbre.

Ellos, los trabajadores de la tierra y del agua, constituían en tan hermosa tarde la nota siniestra, destacada como un borrón negro entre las azules tonalidades del cielo y las entonaciones verdosas del mar. Para ellos no había entonces, no habría nunca felicidad ni descanso posible. ¡Felicidad! ¡Descanso para ellos!... ¡Trabajo! ¡Y pobres de ellos si el trabajo faltaba! Al fin y á la postre, mientras trabajasen comerían.

Pero si el trabajo faltaba, ¿de qué iban á comer? Las mujeres jóvenes, de su carne, hecha lascivo tráfico. Las mujeres viejas y los hombres, de la mendicidad, que abre las puertas del asilo; ó del robo, que abre las de la cárcel. Trabajar como bestias; no les quedaba otro recurso. A este destino les condenaban los egoísmos sociales y los sociales abandonos; y la recua humana iba y venía, produciendo un rumor sordo, permanente, que llevaba ecos de maldición y dejos de sollozo, mientras los hartos, los potados, los felices, la contemplaban ir y venir desde la terraza del balneario, protegidos por el rojo toldo de sarga roja y arrullados por el m. ótono cantar de las olas, cuya espuma revuelta salpicaba de tiempo en tiempo sus elegantes trajes de playa.

Entre los bañistas en la terraza reunidos, encontrábase una hermosísima mujer. Apartada de las otras mujeres, que, formando grupos, la dirigían miradas envidiosas y gestos llenos de desdén, era objeto de atención y codicia por parte de los hombres. Unos, los que tenían en el balneario á sus hermanas, á sus esposas, á sus hijas, la admiraban de lejos, clavando en ella sus ojos, donde relucía el ansia de la posesión; otros, los más libres, los menos timoratos, acercábanse á la solitaria hermosura, dirigiéndole agasajos y galanteos por ella recibidos en actitud de reina.

Y reina era; reina por su belleza y por su elegancia; mejor que reina, despota implacable, á cuyos pies depositaban los hombres su sangre, su dinero, su honor...

Por el disfrute de aquella soberbia carne de placer, habíanse cometido increíbles locuras. Más de un banquero arruinado; más de un noble, que hizo de su nobleza alfombra que la hermosa manchó de barro con los taconitos de sus botas inglesas; más de un amante, que puso en el suicidio, ya que no la salvación, el entierro de su honra, certificaban el poderío y la impiedad de la arrogante cortesana. Ante ella se habían doblegado, como siervos indignos, los poderosos y los fuertes; cada una de sus caricias costaba una humillación, una fortuna ó un descrédito; y ella, heraldo de deshonor y ruinas, seguía pagándolas con su espléndido cuerpo de gozadora.

¿Quién era? ¿De dónde venía esta hembra, que manchaba la conciencia de los ricos, de los poderosos, de los felices, con sus impurezas, como manchaban las olas el traje de los veraneantes con su espuma? ¿Quién era? ¿De dónde venía aquel fermento gangrenoso, capaz de podrir y envenenar un mundo?

¿Quién era? Una trabajadora, una esclava, que segura de su belleza y de su poder había salido del trabajo y de la esclavitud por la única salida posible: la deshonra. ¿De dónde venía? De allí abajo; tal vez de una de las lanchas en que los siervos de la red ganaban su vida esperando la muerte; acaso de un rincón del muelle, donde los cargadores sudaban mordidos por el sol, ó del fondo de una mina, ó de la superficie de un campo del hueco de un taller, ó del patio de una fábrica; de la recua humana que trajinaba asfixiándose con el vaho de incendio que se despendía del espacio.

De allí vino, de la miseria, del abandono, de la ignorancia, de la servidumbre; de allí arrancó y de allí fué subiendo hacia arriba, como un germen mortífero, para envenenar y podrir con sus impurezas á los potados, á los ennoblecidos, á los felices; de allí vino como un castigo, como una represalia, como un desquite de los que no tienen dichas que llevar al alma y pan que llevar á la boca.

De allí venía, de u a ola de miseria, para manchar, con sus gangrenosas salpicaduras, conciencias y prestigios, y allí estaba, en el elegante balneario, con su historia horrible de arruinados banqueros, de aristócratas envilecidos, de amantes suicidas, dispuesta á proseguir su misión destructora, mientras el hormiguero humano, de donde saliera, extendíase por los barcos, por los muelles, por las minas, por las fábricas, por los talleres, por los campos, produciendo un rumor siniestro que tenía ecos de maldición y dejos de sollozo.

Joaquín Dicenta.



Si pronto no se aplica remedio á ese sistema de elecciones en que se usan fusiles y cañones, y si no se modifica el modo de votar que ahora se emplea, y que es á la verdad, cosa muy fea; aquel que á votar vaya, convencido de que será á cenizas reducido, su testamento hará prudentemente, pues tal como se vota en el presente en urnas cinerarias se han trocado las que hasta hoy la gente urnas electorales ha llamado.

X.



Pensamientos

No hay hombre que no ame la libertad; pero el justo la desea para todos, mientras el injusto la desea para sí solo.

Börne.

El hombre no se ha creado, se ha desarrollado.

Oken.

Las pasiones y conductas humanas no debemos execrarlas ni ridiculizarlas, sino comprenderlas.

Spinoza.

Todo compañero tiene el sacro deber, en la medida de sus aptitudes y sus fuerzas, coadyuvar al partido en su propaganda y agitación. Y no será la ocasión ni el radio de acción el que faltará, pues ningún socialista querrá verse libre de la obligación de la mayor actividad posible en bien del partido.

Propagar, organizar, difundir folletos, instruir,—todo esto debe ser para cada uno de nosotros constantemente deber y divisa.

W. Liebknecht.

No os dejéis jamás dominar por el sectarismo.

X.

La miseria y el pauperismo son las únicas cargas, que cuanto más sean los que las soporten tanto más pesada se hace.

San Paúl.

¿A quién debes creer, mi buen amigo, me preguntas? te diré:

Cree en la vida; ella es una gran maestra, enseña más que todos los oradores y libros juntos.

Goethe.

La ebriedad, en la legislación es motivo suficiente de exención de pena aun para los más grandes crímenes, mas el hambre, no. ¿Quién podrá dudar, con semejante prueba á la vista, qué clase es la que ha hecho las leyes?



La imagen del Rey, por ley
Lleva el papel del Estado.
El niño fué fusilado
Por los fusiles del Rey.

Festear el santo es ley
Del Rey; y en la fiesta santa
La hermana del niño canta
Ante la imagen del Rey.

Enrique Heine.

Libros y folletos

En la Administración de LA LUCHA DE CLASES se hallan de venta los siguientes:
EL DERECHO Á LA PEREZA, por Pablo Lafargue. Precio: 20 céntimos.
ESPAÑA Y EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA, por Morato. Precio: 30 céntimos.
HIMNOS SOCIALISTAS, música y letra. Precio: 25 céntimos.
SOCIALISMO Y LIBERTAD, traducción de T. O. Precio: 25 céntimos.